

Domingo de Pascua de la Resurrección del Señor B/2015

Hoy celebramos el acontecimiento que es la base de nuestra fe y lo más importante que Dios ha hecho desde la creación del mundo, es decir la resurrección de Jesucristo. De hecho, todas las lecturas de este día nos comunican sólo un mensaje: Jesucristo ha resucitado de entre los muertos; Está vivo y ha obtenido la victoria sobre la muerte. Nos invitan a celebrar esta fiesta, la fiesta de nuestra salvación con corazones puros y limpios de malicia y de maldad.

En la primera lectura, San Pedro recuerda a los judíos la vida y el ministerio de Jesús desde su bautismo en el Jordán hasta su resurrección de entre los muertos. Destaca el hecho de que Jesús fue ungido con el Espíritu Santo a fin de curar y de traer el consuelo a todos que estaban oprimidos. Describe también su pasión y muerte en la cruz así como su resurrección. Acentúa el deber que los apóstoles tenían de dar testimonio y proclamar al mundo las maravillas de su resurrección y del perdón de los pecados.

Lo que este texto nos enseña es la certeza de que Jesús está vivo y victorioso sobre la muerte. Otra idea es la verdad de que la pasión y la muerte de Jesús son parte del plan de Dios para la salvación del mundo. La última idea está relacionada con el deber del testimonio que los discípulos tienen que dar al mundo sobre la resurrección de Jesús.

Este texto nos ayuda a entender mejor el Evangelio de hoy que describe la resurrección de Jesús. El Evangelio comienza con el viaje de María Magdalena a la tumba de Jesús y el descubrimiento de que ésta se encontraba vacía. Entonces, habla de su reacción al alertar a Simón Pedro y a Juan. Después de esto, el Evangelio menciona la reacción de Pedro y Juan y lo que hicieron al dirigirse a la tumba. El Evangelio termina con el descubrimiento de la tumba vacía y el hecho de no comprender que Jesús había resucitado.

¿Qué podemos decir sobre esta celebración? Hoy quiero hablar de la certeza de la resurrección de Jesús. La resurrección de Jesús, de hecho, es la fundación de nuestra fe. Si Jesús no hubiera resucitado, la gente lo recordaría ciertamente como hacemos con algunas personalidades importantes quiénes han marcado la historia de la humanidad, como el Faraón de Egipto, Julio Cesar en Italia, George Washington o Abraham Lincoln en los Estados Unidos o el emperador Cuauhtémoc in México. Pero, todo esto sería sólo un capítulo en los libros de historia y nada más.

La diferencia es el hecho de que Jesucristo resucitó hace casi dos mil millones y por eso los Cristianos en el mundo creen en él y lo adoran como salvador y Señor. Como San Pablo dice, "Si Cristo no hubiera resucitado, nuestra fe sería en vano y vano es también nuestra esperanza en la resurrección de los muertos".

De hecho, todos los signos que encontramos en la Biblia confirman el suceso de que Jesucristo resucitó. Tomen, por ejemplo, el hecho que inmediatamente después de la crucifixión de Jesús, sus apóstoles huyeron y se escondieron por miedo a los judíos. Incluso, Simón Pedro, que era una figura principal entre los apóstoles, lo negó cuando las cosas se tornaron difíciles.

Pero, pocos días más tarde, el mismo Pedro de repente tuvo el coraje para levantarse y hablar vigorosamente de Jesús, como escuchamos en la primera lectura de los Hechos de los Apóstoles. Tal signo muestra claramente que algo sucedió que empujó a los discípulos a tener un cambio y encontrar valor para hablar de Jesús. No. Jesús había resucitado. Era su presencia la que les dio el coraje para dar testimonio y para hablar abiertamente sin miedo.

Aquí está otro signo: la tumba vacía. De hecho, cuando María Magdalena fue a la tumba esa mañana, no esperaba encontrarla vacía. En verdad, fue motivada por el amor a este hombre que había cambiado su vida y cuyas enseñanzas y acciones habían galvanizado el país entero. Quiso sólo mostrar que sentía cariño por él y quería cumplir con las exigencias de la tradición judía al embalsamar su cuerpo. ¡Pero, que sorpresa: la tumba estaba vacía y la piedra que la cerraba había sido removida! Cuando Pedro y Juan, más tarde, llegaron al mismo lugar, confirmaron lo que ya sabían por las palabras de María: Jesús no estaba allí; había resucitado; estaba vivo.

Esta certeza de la resurrección de Jesús es lo que celebramos hoy. Jesucristo no está en la tumba; Dios le devolvió la vida nuevamente. Los que lo crucificaron pensaron que todo estaba acabado para él; pero Dios no podría guardarlo indefinidamente en la tumba. Dios tenía la última palabra y lo resucitó.

En este sentido, la Pascua significa que la vida es más grande que la muerte y que Dios quien es el maestro de todo, da la vida a los que confían en él aun cuando humanamente hablando no exista esperanza alguna. Con la resurrección de Jesús, se nos asegura que el resultado de nuestra vida será diferente, independientemente de lo que podría ser el estado de nuestra situación hoy y de todos los problemas difíciles que encontramos. Por eso, nuestro lema diario debería ser la esperanza y no el miedo. Deberíamos guardar nuestra esperanza con vida.

La resurrección de Jesús nos obliga a tener otra visión de la realidad de la muerte. De hecho, no podemos negar la tristeza de la muerte en cuanto a nuestros seres queridos; la ansiedad que nos trae y el vacío que causa alrededor de nosotros. Sin embargo, independientemente de lo que podría ser esa carga en nosotros y la pena que sentimos, la muerte no es una realidad absoluta, porque morimos con la esperanza de algo más grande que ello. Por eso, hablamos en el credo de la resurrección del cuerpo y la vida del mundo futuro como realidades que esperamos al fin de mundo.

Esto significa que la vida no termina completamente con la muerte. Su sentido último está en la resurrección de Jesús. La muerte es sólo la transformación de nuestra condición de vida presente. La muerte no puede prevenir que la vida de Dios prospere en nosotros. Como Cristo, cuando morimos, Dios nos dará la vida nuevamente. Él nos dejará compartir la resurrección de Jesús.

Por eso, la resurrección nos enseña que la tumba no es más un lugar en donde la muerte queda encerrada detrás de una piedra. Al contrario, la piedra de la muerte ha sido removida para siempre de la tumba. En este sentido, cuando celebramos la resurrección de Cristo, celebramos la esperanza de nuestra victoria sobre la muerte. Como San Pablo dice, nuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando él que es nuestra vida se manifieste, nosotros también apareceremos con él en su gloria. Guardemos esta esperanza viva en nosotros y celebremos la Pascua con alegría. ¡Que Dios los bendiga a todos! ¡Aleluya!

Hechos de los Apóstoles 10, 34. 37-43; Colosenses 3, 1-4; Juan 20, 1-9



Fecha de la Homilía: el 5 de Abril 2015
© 2015 – Padre Felicien I. Mbala, Ph. D, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org
El nombre de Documento: 20150405homilia.pdf